

## BAUTISTA: HOSPITALIDAD PEDAGÓGICA Y ALFABETIZACIÓN EN UNA ESCUELA PÚBLICA DE LA PERIFERIA BONAERENSE

Analía Frías<sup>1</sup>

Trabajo en una escuela primaria pública del conurbano, en nuestro partido de Lomas de Zamora, Provincia de Buenos Aires, Argentina. En una escuela de las periferias, cerca de un asentamiento devenido barrio popular gracias a la organización comunitaria. La escuela está ahí, cerquita del barrio, y esa es mayormente la comunidad que concurre. Es una escuela que articula e interviene mucho con la comunidad, que acompaña y busca alojar y dar espacio a los estudiantes.

Ingresé como Orientadora Educacional (O.E) dentro de un Equipo de Orientación Escolar (E.O.E). Sí, muchas siglas. Ahí, junto con dos compañeras más, conformamos este equipo. Nuestra tarea es con la matrícula de la escuela, todos los estudiantes que concurren en ambos turnos. O sea, estamos en turnos alternados para poder dar cuenta de toda la matrícula. Junto a mis dos compañeras, intervenimos ya sea desde lo pedagógico junto a las docentes y el equipo directivo, pensando, orientando, cooperando entre todos para que puedan llevarse a cabo las propuestas pedagógicas como en el acompañamiento de las distintas trayectorias. Es un trabajo cooperativo y corresponsable entre todos quienes formamos parte de la institución, donde se busca contribuir a una revisión constante de las condiciones de enseñanza. También intervenimos desde lo psico-sociocomunitario.

Específicamente desde mi rol, revalorizo saberes comunitarios vinculados a lo curricular para potenciar distintos enfoques de derecho, de género,

---

1 Licenciada y Profesora en Psicopedagogía. Trabajo en Orientación Escolar en escuela pública primaria y como Asistente Educacional en escuela de la modalidad especial. [analiafrías@abc.gob.ar](mailto:analiafrías@abc.gob.ar)

de manera interseccional y constructivista de la enseñanza; oriento estos procesos de enseñanza y transmisión de manera respetuosa con los estudiantes; oriento a docentes; intercambiamos recursos diversos para contribuir a esta mejora en las prácticas de enseñanza; participo en las reuniones con docentes, con el equipo directivo; oriento y acompaño a familias para que puedan llevar a cabo distintas propuestas para que puedan acompañar de manera activa a nuestros estudiantes. Porque son nuestros estudiantes, miramos y acompañamos a todos. Algunos necesitan una mirada más atenta y acompañada que otros. Algunos necesitan de nuestra escucha en algunas oportunidades para que puedan sentirse acompañados y capaces de ser y hacer.

Nuestro espacio es acondicionado a pulmón, pensando cada material y recurso para ofrecerles. Es un aula al final de la planta baja, entre las dos últimas aulas, de unos 3x3 metros aproximadamente. Tiene una mesa en el centro y sillas alrededor, pero como hay muebles para guardar carpetas y demás cosas de la escuela, la cantidad de sillas es limitada, porque si no, no entramos. Suelen venir seis o siete estudiantes, como mucho. Preferentemente, tienen que ser menos. Estos grupos, “agrupamientos flexibles” se les llama, se realizan con base en una nómina, la cual conversamos con su docente y el Equipo Directivo. Esta nómina es para ver qué estudiantes estarán en el Programa de Fortalecimiento de las Trayectorias con nosotras. Se busca con este acompañamiento lograr avances en los distintos procesos de alfabetización, acompañando de manera más individual, por eso suelen ser grupos chicos, para poder trabajar mejor con ellos, atendiendo más a sus particularidades, buscando que logren afianzarse y favorecer prácticas subjetivantes, que aflore ese deseo por aprender, por leer, escribir, que se sientan capaces ellos también de lograrlo. Sabemos que solo con conocer las letras no alcanza; necesitan apropiarse de ellas, poder lograr una relación, otros niveles de pensamiento. Muchas veces, al sacarlos del lugar donde habitualmente están con sus compañeros y que pueden llegar a sentirse más observados, llevarlos a otro espacio preparado, acondicionado, con sus nombres, los habilita a que se sientan

alojados y logren vincularse con el lenguaje, más seguros para poder producir nuevas escrituras con sentido.

En unos de estos grupos estaba Bautista. Fui a buscarlo junto a sus compañeros al aula que está en el primer piso para que vengan con nosotras. En esa oportunidad fui yo a buscarlos; abajo en el equipo estaba mi compañera. Esta primera vez éramos siete. Un montón para el espacio físico. Bautista ingresó este año. Antes de conocerlo todos comentaban lo tremendo que era, que “esté atenta”. Estudiante con doble permanencia. Familia “brava” del barrio, como si por ser hijo ya decantase el ser de sus padres. Bautista ya venía con un montón de pesos encima. Bautista camina peleándose con el espacio desde que sale del salón. Cuando voy a buscarlo con todo lo que ya había escuchado de él, y con ganas de conocerlo al mismo tiempo, me encuentro con un niño, un niño que necesita que lo miren, que busca que lo veas.

— ¡¿Qué hacés, Señor?!, me dice como quien saluda a un amigo en la calle.

— Hola Bauti, bien, ¿vos?, lo saludo y lo invito a nuestro espacio de trabajo en la escuela.

Bautista es el más grande físicamente y de edad entre sus compañeros, y él marca esa diferencia. Camina como si su cuerpo fuese dos veces más grande, llevándose puesto a quien pase a su lado, justificando que “él pasó y me empujó...” “Pero Señor, ¿la vio?! Fue ella... Yo no fui”.

Entramos, nos acomodamos, ordenamos los espacios, las sillas y Bauti se sienta en el respaldo de la silla, con los pies en el asiento. Sin parar de decirles cosas a sus compañeros/as, hablándoles, haciendo rimas, todo ese rato diciendo que se quería ir, que quería ir al baño y que se iba a hacer pis si no lo dejábamos ir al baño.

La miro a mi compañera. Lo miro a él y le digo “Dale, te acompaño”. Vamos juntos por el pasillo hasta donde están los baños, lo espero afuera y cuando sale le paso el brazo por el hombro mientras caminamos y le pregunto si él sabía por qué lo fuimos a buscar. Me dice que no, aunque lo habíamos comentado en el aula. Entonces lo miro y le digo que nosotras queremos que él pueda leer y escribir, que queremos acompañarlo, porque nos importa, porque queremos que él pueda avanzar, pero que si él no nos daba la oportunidad no íbamos a saber cómo. Cuando le dije que nos importaba, algo en su mirada cambió, su postura, su rigidez. Hubo una relajación en su ser, en todo él.

Regresamos y Bautista se sentó como sus compañeros. Repartimos hojas y lápices a cada uno y Bauti me dice “A ver, Señor, dame una hoja”. Nos escuchó, nos miró esperando, su mirar era distinto, prestó atención, tomó el lápiz y escribió. Este primer encuentro fue para poder realizar un sondeo de cómo están, en qué nivel de escritura, y así saber cómo intervenir con cada uno. Es un primer encuentro muy potente para muchos, porque tienen que dar a conocer qué es lo que pueden en ese momento y, en ciertos casos, no quieren que eso se vea.

Bautista tiene una manera intensa de estar en el mundo, una forma de hacerse presente que no pasa desapercibida. Bauti nos dejó ayudarlo, nos mostró cómo acompañarlo, aunque sin dejar de cuidar su imagen frente al resto. Y, sin embargo, con una fuerza maravillosa, en un simple gesto, nos dejó acercarnos. Tomó el lápiz y escribió.

A la vez siguiente que lo fui a buscar ya vino distinto, más tranquilo, con ganas de estar. Buscó su nombre en nuestra pared donde tenemos un abecedario con los nombres de todos quienes vienen al equipo. Escuchó nuestra propuesta. Y tomó su hoja y lápiz. Con ansiedad.

— Dale, Señor. Yo ya sé esto, ahora te muestro.

Les pedimos a todos que escriban como puedan una lista de animales que habíamos trabajado, que conocen. Y Bautista escribió, como pudo, preguntando, agarrándose la cabeza por momentos, pero sin desesperar. Ante alguna pregunta, a él y a todos, les decimos que lo hagan como puedan, que después vemos si hay que agregar o sacar, pero que está bien porque estamos aprendiendo.

En una de esas palabras escribió ipoamo (hipopótamo). Le pedí que me lea lo que decía, que me marcara con su dedo. Lo miró y señaló letra por letra mientras decía hi-po-po-ta-mo.

— Bueno, ¿te parece que está bien así o le falta algo? Buscamos palabras que nos sonasen así, pero no conseguimos.

— “¡Qué palabra más larga Bauti! Vamos a preguntarles a tus compañeros”.

Alguno dijo que estaba bien así, otro que le parecía que no, que “como que es distinta, me parece”, dijo. Entonces busqué las letras móviles que tenemos para ellos en mayúscula de imprenta y seleccioné las letras de hipopótamo.

— Mirá, Bauti, con todas estas letras armás la palabra HIPOPÓTAMO. No sobra ninguna, ni falta ninguna. Fíjate.

Y ahí estuvo Bauti, armando, pensando, poniendo la P, la O. PO. Luego se decía él mismo “POPO, ah otra vez”, y agregaba. “¡Empieza con I!”

— Muy bien Bauti. IPOPO. A ver. ¿Con cuál termina?

— Con la O, obvio, Señor.

— Muy bien. Fíjate.

— MO. Ah... La M y la O.

— Bien. ¿Y estas?

Mientras también mira a sus compañeros.

— Mirá acá, Bauti. Después ves lo de ellos.

— Bueno, Señor.

— IPOPOMO. A ver... . Se rasca la cabeza. ¡Ay, Señor!, dice cada tanto.

— Muy bien, Bauti. Vas muy bien. Agarra la T y la A. Y las mira. Busca. Piensa. Acomoda. Las pone en distintos lugares. Hasta que... IPOPOTAMO.

— ¡Ja, viste!, me dice.

— ¡Muy bien! Falta una, ¿sabés cuál es esa?

— ¡Sí, Señor, la H!, me dice canchereando, revoleando su mano como quien te quiere mostrar algo.

— Muy bien. Sí. ¿Y dónde te parece qué puede ir? Está solita, no tiene sonido sola.

— Uh, Señor, a ver...

— Preguntemos al resto, a ver si nos ayuda. ¿Dale?

Y entre todos dicen de poner la H adelante de la I, porque “yo ví que se escribía así”, dijo uno de ellos.

— ¡Muy bien! ¿Y entonces ahora ahí dice HIPOPÓTAMO?

— ¡¿Obvio, Señor, no sabés leer?!

Le dije riéndome: “siempre aprendo algo nuevo. Muy bien Bauti, escríbilo en tu hoja”. Y a todos les digo, mirándolos, que siempre aprendemos, todos, no solo ellos, los adultos también aprendemos todos los días si estamos dispuestos a escuchar, a mirar de verdad.

Porque a veces se trata de eso: de estar disponibles, de ofrecer una guía sin imponerla, de mirar más allá de lo evidente. De reconocer en el otro no solo lo que le falta, sino todo lo que trae. Y entonces, en esos momentos que parecieran mínimos, surge una fuerza transformadora: en él, en mí, en todos.

Todos los días podemos aprender algo distinto.